

SARA PARETSKY

**SIN PREVIO
AVISO**



Para la detective privada V. I. Warshawski, «Vic», esta nueva aventura comienza durante una conferencia en Chicago, donde manifestantes furiosos están reclamando la devolución de los bienes que les arrebataron en tiempos de la Alemania nazi. De repente, un hombre perturbado se levanta para narrar la historia de su infancia, desgarrada por el Holocausto... Un relato que tendrá consecuencias devastadoras para Lotty Herschel, la íntima amiga y mentora de V. I. Ahora, inesperadamente, alguien del ayer ha regresado.

Con la ayuda de las terapias de regresión psicológica a las que se está sometiendo, Paul Radbuka ha desenterrado su verdadera identidad. Pero ¿es realmente quien dice ser? ¿O es un impostor que ha usurpado una historia ajena? Y si es así, ¿por qué Lotty está tan aterrorizada?

Desesperada por ayudar a su amiga, Vic indaga en el pasado de Radbuka. Y a medida que la oscuridad se cierne sobre Lotty, V. I. lucha para decidir en quién confiar cuando los recuerdos de una guerra distorsionan la memoria, mientras se acerca poco a poco a un sobrecogedor descubrimiento de la verdad.

Índice de contenido

La historia de Lotty Herschel. La ética del trabajo

Capítulo 1. El club de las niñeras

Capítulo 2. No hay entierro si no se paga al contado

Capítulo 3. ¿Qué encierra un nombre?

Capítulo 4. Memoria inducida

Capítulo 5. Olfateando un rastro

Capítulo 6. Haciendo una reclamación

Capítulo 7. Visitas sin previo aviso

Capítulo 8. Los cuentos de Hoffman

Capítulo 9. La princesa de Austria

La historia de Lotty Herschel. Cuatro monedas de oro

Capítulo 10. En la guarida de la adivinadora del pensamiento

Capítulo 11. En la rampa de salida

Capítulo 12. El genio de la máquina de pinball

Capítulo 13. El agente secreto

Capítulo 14. La cinta de video

La historia de Lotty Herschel. Clases de inglés

Capítulo 15. Un intruso en la fiesta

Capítulo 16. Problemas de relación

Capítulo 17. Desenterrando el pasado

Capítulo 18. Viejos amantes

La historia de Lotty Herschel. El día de la Victoria en Europa

Capítulo 19. Caso cerrado

Capítulo 20. El cazador que estaba en el medio

Capítulo 21. Acecho en el parque

Capítulo 22. Una madre afligida

Capítulo 23. Dando golpes a ciegas

- Capítulo 24. La morsa guardiana
La historia de Lotty Herschel. Cuarentena
- Capítulo 25. Siguiendo el rastro de papel
- Capítulo 26. Sugestión hipnótica
- Capítulo 27. Nuevo discípulo
- Capítulo 28. Pelea entre (ex) amantes
- Capítulo 29. Extraños compañeros de cama
- Capítulo 30. ¿Una fiesta?
- Capítulo 31. Gustos caros
- Capítulo 32. El cliente en chirona
- Capítulo 33. Confusión
- Capítulo 34. La furia callejera, la furia hospitalaria y las furias de toda la vida
- Capítulo 35. El sabueso amateur
- Capítulo 36. Galimatías: otra palabra para la misma historia de siempre
- Capítulo 37. Mi reino por una dirección
- Capítulo 38. La casa del sufrimiento
- Capítulo 39. Paul Radbuka y la cámara de los secretos
- Capítulo 40. Confesión
- Capítulo 41. Festejo familiar
- Capítulo 42. La tormenta perfecta de Lotty
- Capítulo 43. La manera de tratar a los pacientes
- Capítulo 44. La dama desaparece
- Capítulo 45. Oído en la calle
- Capítulo 46. Historia antigua
- Capítulo 47. Bourbon con una rodajita de limón
- Capítulo 48. Culturismo
- Capítulo 49. Trabajo administrativo
- Capítulo 50. Saltar de alegría
- Capítulo 51. El coyote astuto

Capítulo 52. El rostro de la fotografía

La historia de Lotty Herschel. El largo camino de regreso

Agradecimientos

Sobre la autora

*Para Sara Krupnik y Hannah Paretsky,
cuyos nombres llevo.*

*Que aquél que instaura la paz en las alturas
nos conceda a todos la paz.*

La historia de Lotty Herschel

La ética del trabajo

El frío de aquel invierno nos traspasaba los huesos. Alguien que viva en un lugar donde, al girar un termostato, los radiadores proporcionan todo el calor que se desee, no podrá ni imaginárselo, pero, por aquel entonces, en Inglaterra todo funcionaba a base de carbón y en aquel segundo invierno después de la guerra había una escasez terrible de ese combustible. Como todo el mundo, yo tenía montoncitos de monedas de seis peniques para encender la estufa eléctrica de mi habitación, pero, aunque hubiera podido permitirme tenerla funcionando toda la noche, no daba mucho calor.

Una de las mujeres con las que compartía el alojamiento consiguió un trozo de seda de un paracaídas gracias a su hermano, que había servido en la RAF. Todas nos hicimos camisolas y bragas. Por aquel entonces todas las chicas sabíamos hacer punto y yo deshacía los jerséis viejos para tejer bufandas y chalecos, porque la lana nueva costaba una fortuna.

En los noticiarios cinematográficos veíamos barcos y aviones estadounidenses que llevaban a los alemanes todo cuanto necesitaran. Mientras nos envolvíamos en jerséis y mantas, y comíamos un pan grisáceo con algún sucedáneo de mantequilla, bromeábamos sarcásticamente sobre el error de haber recurrido a los americanos para ganar la guerra. La chica que había conseguido la seda del paracaídas decía que nos habrían tratado mejor si la hubiésemos perdido.

Yo había empezado las prácticas de medicina, así que no podía pasar demasiado tiempo arropada en la cama. De todos modos, estaba contenta de tener un hospital donde acudir, aunque sus salas tampoco estuvieran bien caldeadas. Los pacientes y las hermanas solían apiñarse alrededor de la gran estufa que había en el centro de una de las alas del hospital a tomar té y contarse historias con una camaradería que los estudiantes envidiábamos. Las hermanas esperaban que los alumnos nos comportáramos como profesionales y, francamente, disfrutaban dándonos órdenes. Hacíamos la ronda de consultas con dos pares de leotardos puestos y con la esperanza de que los internistas no se dieran cuenta de que llevábamos guantes mientras íbamos en fila, tras ellos, de cama en cama, escuchando a los pacientes explicar unos síntomas que solían ser más bien el producto de las privaciones que de cualquier otra cosa.

Trabajar dieciséis o dieciocho horas al día sin la adecuada alimentación nos pasó factura a todos. Muchos de mis compañeros sucumbieron a la tuberculosis y se les concedió una excedencia temporal. La verdad es que ésa era la única razón por la que el hospital nos permitía interrumpir las prácticas y reincorporarnos más adelante, aunque a algunos les llevó más de un año recuperarse. Los nuevos antibióticos empezaban a llegar, pero costaban muchísimo y su uso todavía era limitado. Cuando me tocó a mí, me dirigí a la jefa de servicios para explicarle que una amiga de la familia tenía una casita de campo en Somerset donde tal vez podría recuperarme. Ella movió la cabeza con gesto sombrío. Ya habíamos caído cinco de mi grupo, pero me firmó el impreso de excedencia, me pidió que escribiera todos los meses y recalcó que esperaba verme de nuevo por allí antes de un año.

La verdad es que estuve ausente ocho meses. Hubiese querido reincorporarme antes, pero Claire —Claire Tallmidge, que por aquel entonces tenía una plaza de médico residente adjunto, aunque bastante precaria— me persuadió

de que no estaba lo bastante fuerte, aunque yo me moría de ganas por volver.

Cuando volví al Real Hospital de la Beneficencia me sentí... ¡Qué bien me sentí! La rutina del hospital y mis estudios constituían para mí como un bálsamo salutífero. De hecho, la jefa de servicio me llamó a su despacho para advertirme que debía bajar el ritmo; no querían que sufriese una recaída.

Ella no comprendía que el trabajo era mi única salvación. Supongo que se había convertido en mi segunda piel. El exceso de trabajo es un narcótico que te ayuda a olvidar. Lo de *Arbeit macht frei* era una burla indecente que habían inventado los nazis, pero sí que podría ser cierto que *Arbeit macht betäubt* ¿Cómo dices? Ay, perdón, me había olvidado de que no hablas alemán. Los nazis colocaban frases dignas del 1984 de Orwell sobre las puertas de entrada de los campos de concentración y ésta es la que pusieron en Auschwitz: «el trabajo os hará libres». Ese lema era una burla macabra, pero lo cierto es que el trabajo puede llegar a aturdir. Si dejas de trabajar, aunque sólo sea un momento, todo lo que tienes en tu interior comienza a desvanecerse y acabas encontrándote tan amorfa que no puedes moverte en absoluto. Por lo menos ése era mi temor.

Cuando, por fin, llegaron noticias de mi familia, me quedé como si el suelo se hubiera hundido bajo mis pies. Se suponía que yo debía estar preparándome para el examen de estado, un examen que entonces se hacía al acabar el bachillerato y de cuyo resultado dependía la entrada en la universidad. Pero los exámenes habían perdido para mí el significado que habían tenido durante la guerra. Cada vez que me sentaba a estudiar me parecía como si una aspiradora gigante me estuviese succionando las tripas.

Aunque de un modo perverso, fue la prima Minna quien acabó por ayudarme. Desde el momento en que llegué ante su puerta, no cesó de criticar a mi madre. Ni siquiera la noticia de su muerte la movió a guardar un silencio respe-

tuoso, sino que sirvió para que redoblara su bombardeo. Hoy, a la luz de la experiencia, comprendo que su reacción se debía, sobre todo, a un sentimiento de culpabilidad: se había pasado tantos años odiando a mi madre y sintiendo celos de ella, que no podía admitir que había sido insensible y hasta cruel con ella. Además, es probable que también se sintiera acongojada, puesto que su madre estaba entre los que habían perecido. Toda aquella familia que solía pasar los veranos charlando y nadando en Kleinsee había desaparecido. Pero..., bueno, dejemos eso; ahora ya es agua pasada.

Después de deambular por las calles, de andar y andar hasta estar tan agotada que ya no podía sentir nada, solía volver a casa de Minna, que me decía: ¿Piensas que eres la única persona que sufre, la única que se ha quedado huérfana y abandonada en un país extraño? ¿Y no se suponía que tenías que prepararle el té a Victor? Dice que se ha pasado más de una hora esperándote y que, al final, se lo ha tenido que hacer él porque tú, *die gnädige Frau* (en casa Minna sólo hablaba en alemán; nunca llegó a dominar el inglés, lo cual le hacía enrojecer de vergüenza), eres demasiado señoritinga (entonces me hacía una reverencia) como para andar manchándote las manos en las tareas domésticas o en un trabajo de verdad. Eres igual que Lingerl. Me pregunto cómo una princesa de su alcurnia pudo sobrevivir tanto tiempo en un sitio como ése sin nadie que la mimase. ¿Les haría ojitos, ladeando la cabeza, a los guardias o a los demás prisioneros para que le cedieran su ración de pan? Pues ahora Madame Butterfly ha muerto y ya es hora de que aprendas lo que es trabajar de verdad.

Me entró la rabia más grande que recuerdo desde entonces. Le di una bofetada en la boca y le grité: Si la gente se preocupaba por mi madre, es porque ella les daba cariño. Y si nadie se ocupa de ti, es porque tú eres absolutamente odiosa.

Se quedó un momento mirándome fijamente, con la boca abierta por el estupor, pero se recuperó enseguida y me devolvió la bofetada con tal fuerza que me abrió el labio con su grueso anillo. Y luego me dijo entre dientes: La única razón por la que permití que una mestiza como tú aceptara esa beca para ir al instituto fue la condición de que tú, a cambio de mi generosidad, te ocuparas de Victor, cosa que, he de decirte, no has hecho en absoluto. En vez de prepararle el té, has estado exhibiéndote en los *pubs* y en las salas de baile exactamente igual que hacía tu madre. Lo más probable es que Max o Carl o cualquiera de esos muchachos emigrantes te haga el mismo regalito que Martin, como le gustaba llamarse, le hizo a Madame Butterfly. Mañana por la mañana voy a ir a ver a esa maravillosa directora del instituto, esa miss Skeffing a la que tanto quieres, para decirle que no puedes continuar estudiando. Ya es hora de que empieces a arrimar el hombro.

Sangrando por el labio, atravesé Londres a todo correr hasta que llegué al albergue juvenil en el que vivían mis amigos; ya sabes, Max, Carl y los demás. Un año antes, al cumplir los dieciséis, tuvieron que dejar los hogares que los habían acogido de niños. Les rogué que me encontraran una cama para pasar la noche. A la mañana siguiente, cuando sabía que Minna estaría con su gran amor, la fábrica de guantes, entré a hurtadillas en su casa para buscar mis libros y mi ropa, que no consistía más que en un par de mudas y otro vestido. Victor estaba dormitando en el cuarto de estar, demasiado amodorrado como para intentar detenerme. Miss Skeffing me encontró una familia en el norte de Londres que me proporcionó habitación a cambio de que me ocupara de la cocina. Y, entonces, me puse a estudiar como si con mi esfuerzo pudiese redimir la vida de mi madre. Nada más acabar de fregar los platos de la cena, me ponía a resolver problemas de matemáticas y de química. A veces no había dormido más de cuatro horas cuando ya tenía que levantarme a preparar el desayuno para la fa-

milia. Y, en realidad, desde entonces nunca he parado de trabajar.

Así acababa la historia: yo sentada en la ladera de una colina un día nublado de octubre, contemplando un paisaje desolado y escuchando a Lotty hasta que ya no pudo seguir hablando más. Pero me resulta más difícil desentrañar de qué manera empezó todo.

Mirando hacia atrás, ahora que estoy tranquila, ahora que puedo pensar, me sigue siendo difícil decir: «Ah, sí, surgió por esto o por aquello». Era una época en la que yo tenía millones de cosas en la cabeza. Morrell se estaba preparando para marcharse a Afganistán. Yo estaba preocupadísima por eso, pero, por supuesto, intentaba dirigir mi empresa y hacer malabarismos con el trabajo desinteresado que realizo y pagar todas mis cuentas. Supongo que mi implicación en el asunto comenzó con Isaiah Sommers o, tal vez, con la conferencia que hubo en la Fundación Birnbaum. Ambos sobrevinieron el mismo día.

Capítulo 1

El club de las niñeras

—Ni siquiera llegó a comenzar el funeral. La iglesia se encontraba llena, las señoras estaban llorando. Mi tío había sido diácono, un hombre recto que llevaba cuarenta y siete años como feligrés de aquella iglesia cuando murió. Como se puede imaginar, mi tía se hallaba en un estado de desmoronamiento total. ¡Y que tuvieran la poca vergüenza de decir que ya había cobrado el seguro! ¿Cuándo? Eso es lo que quiero saber, señora Warashki, cuándo pudo cobrarse si mi tío se había pasado quince años pagando cinco dólares a la semana y mi tía jamás le oyó una palabra de que fuese a pedir un crédito con el seguro como garantía o fuera a hacerlo efectivo.

Isaiah Sommers era un hombre bajo y fornido que hablaba con una lentitud cadenciosa como si también él fuese diácono. Yo tenía que hacer un esfuerzo para no dormirme en las largas pausas que hacía durante su discurso. Estábamos en el cuarto de estar de la casita que él tenía en la zona sur de la ciudad, en el South Side, y era poco después de las seis de la tarde de un día que ya se me estaba haciendo demasiado largo.

Había llegado a mi oficina a las ocho y media de la mañana y estaba comenzando con las investigaciones rutinarias que constituyen la mayor parte de mi trabajo, cuando Lotty Herschel me llamó para lanzarme un SOS.

—Ya sabes que el hijo de Max ha venido de Londres con Calia y Agnes, ¿verdad? Pues a Agnes le ha surgido de pronto la oportunidad de mostrar sus diapositivas en una

galería de la calle Hurón, pero necesita que alguien se ocupe de Calia.

—No soy una niñera, Lotty —le contesté de modo impaciente; Calia era la nieta de Max Loewenthal y tenía cinco años.

Lotty pasó olímpicamente de mi protesta.

—Max me ha llamado porque no pueden encontrar a nadie; su criada tiene el día libre. Él va a ir a esa conferencia que hay en el hotel Pléyades, aunque ya le he dicho muchísimas veces que lo único que va a conseguir es sufrir, pero bueno, eso no viene a cuento. El caso es que participa en una mesa redonda a las diez, si no se quedaría en casa con la niña. Yo lo he intentado con la señora Coltrain, la de mi clínica, pero hoy todo el mundo está ocupado. Michael tiene ensayo toda la tarde con la sinfónica y para Agnes ésta podría ser una buena oportunidad. Vic, ya comprendo que es una imposición, pero sólo serán unas horas.

—¿Y por qué no Carl Tisov? —le pregunté—. ¿No está también en casa de Max?

—¿Carl de niñera? Una vez que se pone a tocar el clarinete, el techo puede saltar por los aires sin que se dé cuenta. Yo ya lo comprobé en una ocasión durante los ataques de las V1. ¿Puedes decirme sí o no? Estoy haciendo las visitas a los recién operados y tengo todas las horas de la consulta ocupadas —Lotty es jefa del servicio de perinatología del hospital Beth Israel.

Lo intenté con algunas personas de mi entorno, entre ellas mi ayudante, que tiene tres niños en acogida, pero nadie podía echarme una mano. Así que, al final, acepté, aunque no me hacía ninguna gracia.

—A las seis tengo una cita con un cliente bastante lejos, al sur de la ciudad, así que será mejor que alguien aparezca para hacerse cargo de ella antes de las cinco —advertí.

Cuando me acerqué en el coche hasta la casa que Max tiene en Evanston para recoger a Calia, encontré a Agnes Loewenthal super nerviosa, aunque muy agradecida.

—No puedo encontrar mis diapositivas. Calia estuvo jugando con ellas y las metió dentro del violonchelo de Michael, lo cual le puso furioso y ahora el muy bestia no sabe dónde las ha tirado.

Michael apareció en camiseta con el arco del chelo en la mano.

—Cariño, lo siento. Tienen que estar en el salón, donde estaba ensayando. Vic, no sabes cuánto te lo agradezco, ¿podemos invitaros a Morrell y a ti a cenar el domingo después del concierto?

—No podemos, Michael —dijo bruscamente Agnes—. Tenemos la cena que Max ha organizado para Carl y para ti.

Michael tocaba el chelo con el Conjunto de Cámara Cellini, un grupo londinense que habían formado Max y el amigo de Lotty, Carl Tisov, en los años cuarenta. Estaban en Chicago para iniciar la gira internacional que hacen cada dos años y Michael tenía programados, además, algunos conciertos con la Sinfónica de Chicago.

Agnes abrazó a Calia a todo correr.

—Un millón de gracias, Victoria, pero, por favor, nada de televisión. Sólo puede verla una hora por semana y no creo que los programas americanos sean adecuados para ella —se dio la vuelta y se dirigió como una flecha hacia el salón, donde la oímos sacudir furiosamente los almohadones del sofá. Calia hizo una mueca y me cogió de la mano.

Fue Max quien le puso la chaqueta a Calia y quien comprobó que su perro de peluche, su muñeca y su cuento «más favorito» estaban en su mochila.

—¡Qué caos! —dijo gruñendo—. Parece como si estuvieran intentando lanzar un cohete espacial, ¿no? Lotty me ha dicho que tienes una cita esta tarde al sur de la ciudad. Podríamos encontrarnos a las cuatro y media en el vestíbulo del Pléyades. Para esa hora yo ya debería haber terminado y podría recoger a este derviche giróvago. Si surge algún problema, mi secretaria podrá localizarme. Victoria, de verdad, te estamos muy agradecidos —nos acompañó a la